

# Los polvos y los lodos. El derretimiento de las humanidades: ¿enseñar a leer?

Charles Ricciardi

«La persona más ignorante, con un pequeño esfuerzo muscular, podrá [...] escribir libros de filosofía, poesía, política, derecho, matemáticas y teología sin precisar genio o estudio. Me condujo hacia un armatoste [...] la superficie se componía de pequeños cubos de madera [...] Cada una de las caras de los cubos llevaba pegado un papel en donde estaban escritas las palabras del léxico laputiense sin orden alguno[con la máquina en funcionamiento]ordenó a los muchachos que leyesen las diferentes líneas tal como aparecían en el tablero, y cuando encontraban tres o cuatro palabras que yuxtapuestas constituían una frase, las dictaba [...] La operación se repitió tres o cuatro veces y cuando los cubos se movían de uno a otro lado aparecían nuevas palabras [...] el profesor me mostró diversos volúmenes donde estaban recopiladas frases inconexas que él tenía la intención de refundir [...] esperaba presentar una suma científica o filosófica».  
(Jonathan Swift: *Los viajes de Gulliver*. [Gulliver en Balnibarbi]).

## Resumen:

El texto intenta en primer lugar ensayar algunas hipótesis que aporten elementos para entender por qué surge la cuestión de la vigencia de las humanidades, o, lo que es lo mismo, desde cuándo empieza su desprestigio y qué alcances tiene hoy, sirviéndose muy especialmente de algunas ideas de Zygmunt Bauman. En segundo lugar se plantea la defensa de la vigencia de las humanidades desde la clase de Literatura y de la necesidad de enseñar a leer, invocando a dos figuras tutelares: la de Domingo L. Bordoli y la de Antonio Machado a través de Juan de Mairena.

PALABRAS CLAVE: racionalismo – positivismo – modernidad líquida – Bordoli – literatura – aula

## Dust and mud. The melting of the humanities: teach reading?

### Abstract:

The text firstly endeavors to set out hypotheses providing elements to understand why the question of the validity of the humanities arises or, amounting to the same, when the process of discredit started and their present scope, resorting to some of Zygmunt Bauman's ideas. Secondly, the defense of the validity of the humanities is approached from the Literature lesson, as well as the need to teach reading, invoking the figureheads: Domingo L. Bordoli and Antonio Machado through Juan de Mairena.

KEY WORDS: rationalism – positivism – liquid modernity – Bordoli – literature – class

RECIBIDO: 22/02/2016  
APROBADO: 09/03/2016

Al parecer, mientras celebramos los cien años del dadaísmo deberemos replantearnos la originalidad de sus búsquedas. La receta para un poema dadaísta parece estar prefigurada en el armatoste que Gulliver encontró en Balnibarbi, y por lo tanto, sorprendentemente, encuentra sus raíces en el racionalista siglo XVIII. Con el agregado de que no es allí un divertimento para producir poesía en base al azar, un objeto en el fondo inocuo, apenas interesado en desacralizar la creación poética, sino que se trata de una suma filosófica, un compendio del saber humano.

Se me ocurre que este texto nos puede dar una idea aproximada del momento en que empieza el desprestigio de las humanidades. Aquellos polvos trajeron estos lodos, bien entreverados y revueltos, por cierto. Aunque todo el proyecto moderno se inicie con el Humanismo, la palabra –y probablemente el concepto– ha caído en un descrédito tan aparentemente ilevantable que no cesa de despertar sospechas y suspicacias.

Habría que intentar al menos una respuesta a la pregunta: ¿por qué es necesario demostrar la vigencia de las humanidades? En una perspectiva estrictamente empírica –que por supuesto no pretende ser taxativa–, estas son algunas consideraciones útiles: 1) No es fácil demostrar ni medir cuánto debe este descrédito a las etiquetas con las que el sistema educativo uruguayo bautiza las orientaciones de bachillerato, entre las cuales la orientación humanística se ha vuelto sinónimo de aburrimiento y facilidad, así como de un vago y libresco interés en lo humano, mientras las categorías científico y biológico refulgen con el brillo de lo difícil, lo preciso y lo estricto, y en esa tríada –ampliada últimamente por la diversificación artística, también habitualmente mal entendida, aunque no es esta la oportunidad de detenerse en el punto– surge el primer ninguneo a las humanidades: como si la ciencia matemática o biológica no tuviera que ver con lo humano. 2) Así las cosas, las humanidades han pasado a ser sinónimo de *cultura* en el peor de los sentidos –en el más individualista y elitista–. Que esa *cultura* haya terminado también por parecer inocua no es culpa de las humanidades, y habría que preguntarse a quién le sirve que estas sean objeto de revistas académicas de escasa circulación en un mundo que las desecha. Las páginas siguientes quieren aventurarse en una explicación. 3) Pero, en el fondo –y sin considerar esta vez el estado del saber en Balnibarbi–, el prestigio de la ciencia y la racionalidad, del que hablaba más arriba, convenientemente alimentado por el primer Humanismo, le viene asestando golpes a las humanidades desde por lo menos la segunda mitad del siglo XIX. A esos polvos me refería al comienzo: a la obra demoleadora del positivismo, entendido no ya como una mera corriente filosófica –que, grosso modo,



Gulliver und die Partei-Liliputaner. Henry Ward Beecher. 1885

empieza en Comte y termina en Bergson–, sino como una auténtica *weltanschauung*, una visión del mundo, y también, de hecho, una noción de la realidad de la que por ahora no parecemos capaces de sustraernos. Parece difícil que las humanidades recuperen su prestigio y su valor mientras no podamos sacudirnos la rémora de una manera de entender el mundo según la cual lo que convencionalmente se llama «realidad», «realidad objetiva», es la realidad material, tangible y cartografiable, y nuestro progreso en tanto seres humanos es apenas un reflejo de los innumerables avances tecnológicos que, a ritmo de vértigo, una sociedad cada vez más industrializada produce para el consumo constante de bienes.

La primera tesis de este trabajo es que la tecnología y el consumo son enemigos acérrimos de las humanidades, al convertir la peripecia humana en una búsqueda del confort y del éxito, y no del pensamiento y el crecimiento personal. Son los medios masivos de comunicación y las redes sociales los que forman opinión y nos otorgan causas nobles para

apoyar, ahora que los grandes relatos se terminaron y las revoluciones ya no están de moda. En medio del adocenamiento, proliferan los libros de autoayuda y los cuestionamientos se alinean detrás de eslóganes más o menos vaciados de contenido («salven al planeta», «no a la violencia doméstica», «no al maltrato animal»; cosas así).

En la perspectiva de Zygmunt Bauman (2010) la modernidad ha sido «licuada» y en su libro plantea unas reflexiones muy provocativas. Defiende con brillo la opción terminológica que da título al libro (*Modernidad líquida*), por sobre otras más difundidas (post modernidad, post modernismo, etc.), desarrollando la importancia que ha tenido siempre en el proyecto de la modernidad romper las estructuras —sólidas— pre modernas y fundamentando la metáfora de lo líquido para la etapa presente de la modernidad. Dice Bauman (citando a Castoriadis) que «lo que está mal en la sociedad en la que vivimos es que ha dejado de cuestionarse a sí misma» (2010: 28), pues la libertad apenas concede unas «bendiciones a medias» y «la libertad no puede obtenerse en contra de la sociedad». En este estado de cosas, «Los sólidos que han sido sometidos a la disolución, y que se están derritiendo en este momento, el momento de la modernidad fluida, son los vínculos entre las elecciones individuales y los proyectos y las acciones colectivas». Eso lo lleva a hablar de «categorías e instituciones zombis», pues están muertas y al mismo tiempo vivas: «la familia, la clase, el vecindario»; «la nuestra [dice] es una versión privatizada de la modernidad, en la que el peso de la construcción de pautas y la responsabilidad del fracaso caen primordialmente sobre los hombros del individuo» (Ibíd.: 13). La modernidad líquida —retomando conceptos de Foucault— es según Bauman «post-panóptica», y «el fin del panóptico augura *el fin de la era del compromiso mutuo*<sup>1</sup>: entre supervisores y supervisados, trabajo y capital, líderes y seguidores [...] la principal técnica del poder es ahora la huida, el escurrimiento, la elisión» (Ibíd.: 17). Si, como dice el autor, «la desintegración social es tanto una afeción como un resultado de la nueva técnica del poder, que emplea como principales instrumentos el descompromiso y el arte [sic] de la huida» (Ibíd.: 19), es necesario plantearse cómo las humanidades podrían encontrar su antiguo y prestigioso lugar en un paisaje cultural tan erosionado, y en el que la erosión misma es parte de la estrategia del poder, «para que el poder fluya» superando «cualquier trama densa de nexos sociales». Las humanidades han sido desde siempre fuente de cohesión social y de afirmación de compromiso en el vínculo humano: si las estrategias del poder actual requieren ese individualismo a ultranza, la tarea de poner las humanidades en el horizonte del imaginario

social no parece, hoy por hoy, algo fácil. También estas se derriten en medio de lo que Lipovetsky ha llamado «el crepúsculo del deber». Los lodos son más líquidos que el polvo...

A esto ha contribuido también en forma poderosa el haber convertido a la razón (la razón instrumental, como se ha dado en llamar) en un fetiche y a la ciencia en una garantía de conocimiento absoluto. En ese sentido, y ya entrando más específicamente en el lugar que la literatura tiene dentro de las humanidades, los estudios culturales que desconocen la dimensión literaria de la literatura, como ha mostrado con claridad el profesor Hebert Benítez, terminan también por vilipendiar el valor de lo humanístico. Escribe Benítez:

La actitud globalizadora de los Estudios Culturales, insisto, de vocación emancipadora, también insisto, coloca a la palabra literaria, es decir, a toda posibilidad que una palabra tenga de existir con ese efecto, en un espacio documental común y, aunque suene hiperbólico, con una función casi filológica. No se trata aquí, naturalmente, de defender prestigios, legitimar exclusiones o de abogar por una estética pura, sino, simplemente, de reinscribir las peculiaridades de un discurso....<sup>2</sup>

Este diagnóstico, sumado a todos los prejuicios vinculados a una hipotética «ciencia del texto», oscurecen por su parte la dimensión humanista de la producción humana, y en especial de la literatura y el arte. Es como si solamente hubiera un pensamiento sólido si está prestigiado por la ciencia. Hoy no haría falta condenar a Sócrates: nadie se pararía a conversar con él por la calle. No hay diálogos socráticos en el chat. Sócrates en ciento sesenta caracteres: única y paupérrima mayéutica de la post modernidad.

La reivindicación de las humanidades solamente puede empezar a hacerse si logramos poner en el centro del debate su poder revulsivo y formador en la construcción de un pensamiento propio. Dar cuenta de que no solo la ciencia produce cambios. De que, al decir de Theodor Adorno y Max Horkheimer, «el iluminismo es más totalitario que ningún otro sistema»<sup>3</sup> (2009: 24), pero nadie parece tomarse esto en serio. No parece casual que, justo en tiempos en que un candidato presidencial propone incorporar el «emprendedurismo» como asignatura y postergar el estudio de la filosofía a una opción entre varias casi a partir de los dieciocho años,<sup>4</sup> un semanario emblemático de la izquierda y el pensamiento independiente en este país (*Brecha*, 5 de noviembre de 2015) haya emprendido contra la enseñanza de la literatura y, en particular, de



Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana. *Gabriel Maureta y Aracil*. 1877-1878. Copia del marqués ubicado en el Retablo de los Gozos de Santa María o Altar de los Angeles de Jorge Inglés, 1455. «Con esos polvos se hicieron esos lodos», refrán atribuido al Marqués de Santillana.

la poesía.<sup>5</sup> El periodista afirma que en todo profesor de Literatura late un «cirujano encubierto» y que «Es difícil admitir que la literatura pueda enseñarse, desde que los libros saben enseñarse solos [...] Para formarse como lector basta leer». No es mi propósito llover sobre mojado y volver a responder lo que tan atinadamente le respondieron los profesores Álvaro Revello y Silvia Viroga, y que puede leerse en ese artículo. Lo que busco, desde mi posición de profesor de Literatura con ya largos años de ejercicio, es proponer una reflexión a partir de una anécdota en la que se concentra el momento en que puedo decir que un profesor de Literatura me enseñó a leer. Quiero que esto sea también una suerte de homenaje (y una vindicación de su magisterio) al profesor Domingo Luis Bordoli, a quien tanto le debo. Porque también de eso se nutre cualquier enseñanza humanista: del reconocimiento de los maestros y de la vigencia de su ejemplo.

Me referiré a él a partir de aquí como el Mingo Bordoli, que es como le decíamos sin menoscabo de su talento docente y humano. Siento que el Mingo Bordoli ejerce hoy una suerte de «magisterio retórico», que se habla de él sin recordarlo realmente, que prácticamente su aporte ha quedado confinado en el mejor de los casos a «Los clásicos y nosotros». ¿Y por qué –pienso– el magisterio de Bordoli no es real? Simplemente porque no encaja en el paradigma actual, porque secretamente se desprecia o menosprecia un abordaje de los textos que parece poco técnico. Que es como decir poco científico. Que es como decir demasiado humanista.

La anécdota es la siguiente. Se estudiaba en clase el canto V del Infierno de la *Divina Comedia*, en particular el segundo relato de Francesca, en el que explica cómo ella y su amante pasaron de los «dulces suspiros» a los «turbios deseos». El personaje relata entonces cómo, a partir de la lectura de la historia de Lancelot y la reina Ginebra, los cuñados se entregan a la pasión y al adulterio: «Nos miramos muchas veces durante aquella lectura, y nuestro rostro palideció; pero fuimos vencidos por un solo pasaje. Cuando leímos que la deseada sonrisa fue interrumpida por el beso del amante, éste, que ya nunca se apartará de mí, me besó temblando en la boca». «Quando leggemmo il disiato riso / esser baciato da cotanto amante...». (Alighieri, 1973). El profesor Bordoli se detuvo allí y preguntó: «¿Cómo se besa una sonrisa?». Y un momento después, era obvio para todos que no se podía; o es beso o es sonrisa. El profesor seguramente no fue más lejos, pero de esa observación, que supone tanto conocimiento de la literatura como de los besos y las sonrisas, se puede deducir todo lo que se quiera. Porque ese detalle nos permite ver cómo, en la visión del autor, la lujuria se «espiritualiza» –por decirlo de algún modo–. Dante habla, desembozadamente, del amor, y se puede

vincular, sin dificultad, con la *donna angelicata*, desde que el beso pecaminoso se difumina en esa sonrisa que le quita carnalidad al beso lujurioso. Pues bien: eso es enseñar a leer. No hay uno solo de esos presuntuosos marcos teóricos que conforman nuestros paradigmas que pueda ayudarnos a detenernos en este verso: con todo el bagaje estructuralista, deconstructivista o cualquier otro, se puede leer cien veces ese verso sin hacer esa pregunta esencial: ¿se puede besar una sonrisa? Para aprender a fijarme en detalles como esos, yo, como alumno, necesité ayuda.

Escribe Antonio Machado en *Juan de Mairena*:

Porque, ¿cantaría el poeta sin la angustia del tiempo, sin esa fatalidad de que las cosas no sean para nosotros, como para Dios, todas a la par, sino dispuestas en serie y encartuchadas como balas de rifle, para dispararlas una tras otra? Que hayamos de esperar a que se fría un huevo, a que se abra una puerta o a que madure un pepino, es algo, señores, que merece nuestra reflexión. (1973: 35-36)

¡Qué enorme cantidad de sugerencias sobre la creación poética y sobre la vivencia del tiempo abre una página como esta! ¡Qué cantidad de lecturas y de reflexiones necesita un buen lector para concebir –solo, sin ayuda– un pensamiento genuino de esta índole!

Que un profesor de Literatura devenga a veces en cirujano es un pecado. A veces inevitable, pero pecado al fin. Que fracasamos –y fracasamos mucho– en la orientación que nuestros alumnos van a dar a sus lecturas cuando sean adultos es algo en lo que tenemos que ponernos a pensar: por alguna razón, en vez de leer a Mairena o retornar a Dante, terminan leyendo y recomendando libros de autoayuda cuando son hombres y mujeres maduros –que solo en apariencia conectan con las humanidades–. Que, pese a todo ello, alegremente se diga que para «formarse como lector basta leer» es un dislate imperdonable. La emoción estética es la única cosa con la que no deberíamos meternos –aunque estamos metidos–, pero la necesidad de mostrar, y de promover la reflexión –no la disección– a partir de un texto es un punto crucial en toda cultura humanista. La reciente muerte de Umberto Eco contribuyó a que encontrara en la red un artículo suyo del año 2007, reproducido por *La Nación* de Buenos Aires, en donde explica lo que debería ser obvio: «Entonces, ¿de qué sirven hoy los profesores? [...] porque ante todo un docente, además de informar, debe formar. Lo que hace que una clase sea una buena clase no es que se transmitan datos y datos, sino que se establezca un diálogo constante, una confrontación de opiniones, una discusión sobre lo que se aprende en la



Paolo y Francesca da Rimini. Dante Gabriel Rossetti. 1855

escuela y lo que viene de afuera». Y más adelante: «Los medios de difusión masivos informan sobre muchas cosas y también transmiten valores, pero la escuela debe saber discutir la manera en la que los transmiten, y evaluar el tono y la fuerza de argumentación de lo que aparece en diarios, revistas y televisión». Discutir las formas, establecer diálogo y confrontación de opiniones: todo eso hace esencialmente a una verdadera formación en humanidades

Si, además de lo ya expuesto, volvemos a considerar los planteos pioneros de Adorno y Horkheimer sobre la «industria cultural» (Adorno y Horkheimer: 28) se captará con claridad el tamaño de la trampa: la cultura devenida en industria no puede ya estar concebida para el enriquecimiento interior de quien la disfruta, y no es fácil que el público masivo que llena las salas de cine para ver cada nueva entrega de *Star Wars* pueda asociar la historia con nuestro pasado histórico y con el Imperio y la República en Roma. Dicho de otro modo: la cultura en tanto industria también nos aleja de las humanidades. Escriben Adorno y Horkheimer (1947):

El animismo había vivificado las cosas; el industrialismo reifica las almas. Aun antes de la planificación total, el aparato económico adjudica automáticamente a las mercancías valores que deciden el comportamiento de los hombres. A través de las innumerables agencias de la producción de masas y de su cultura, se inculcan al individuo los estilos

obligados de conducta, presentándolos como los únicos naturales, decorosos y razonables.

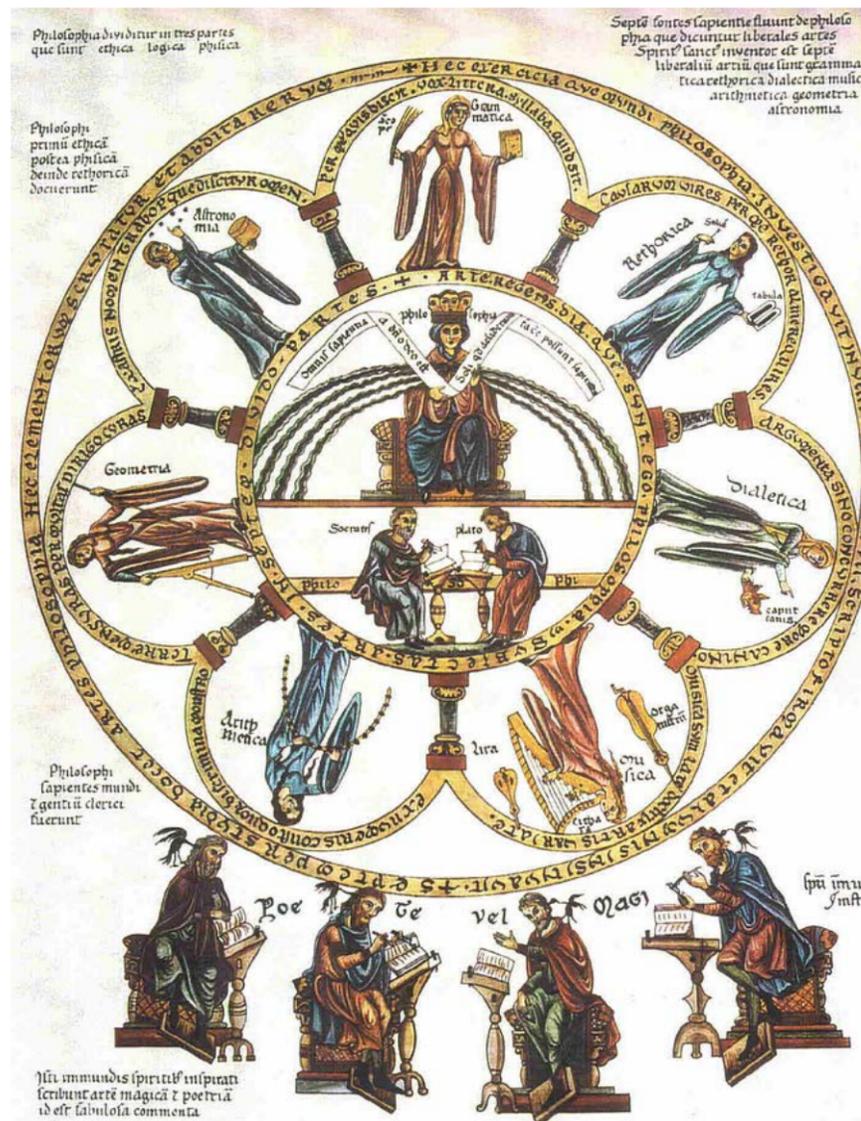
La defensa de las humanidades no es una cuestión declarativa ni retórica: es, según creo, una actitud vital. Por eso, antes de terminar esta contribución al debate, me gustaría reforzar la presencia de ese otro magisterio: el de Antonio Machado en *Juan de Mairena*, texto que, bajo su aparente diletantismo ofrece, para quien sepa leer, una enérgica defensa del pensamiento y de lo humano. Mairena, dice Machado, es profesor de Gimnasia. Enseña retórica y poesía, pero es profesor de Gimnasia. Puede resultar humorístico, pero todos sabemos que nuestros alumnos dedican más tiempo al gimnasio que a las humanidades (esto también es parte de estos lodos). Me gustaría detenerme en un pasaje poco conocido (no se habla aquí de la palabra en el tiempo, ni sobre Calderón y Manrique) en el que se habla de humanidades ¡a partir de la Gimnasia!:

Siempre he sido –habla Mairena a sus alumnos de Retórica– enemigo de lo que hoy llamamos, con expresión tan ambiciosa como absurda, *educación física*. [...] *No hay que educar físicamente a nadie*: Os lo dice un profesor de Gimnasia. [...] Para crear hábitos saludables –añadía–, que nos acompañen toda la vida, no hay peor camino que el de la gimnasia [...] son ejercicios mecanizados, en cierto sentido abstractos, desintegrados, tanto de la vida animal como de la ciudadana.

Aun suponiendo que estos ejercicios sean saludables –y es mucho suponer–, nunca han de ser de gran provecho, porque no es fácil que nos acompañen sino durante algunos años de nuestra efímera existencia. Si lográsemos, en cambio, despertar en el niño el amor a la naturaleza, que se deleita en contemplarla, o la curiosidad por ella, que se empeña en observarla y conocerla, tendríamos más tarde hombres maduros y ancianos venerables, capaces de atravesar la sierra de Guadarrama en los días más crudos del invierno, ya por deseo de recrearse en el espectáculo de los pinos y de los montes, ya movidos por el afán científico de estudiar la estructura y composición de las piedras o de encontrar una nueva especie de lagartijas.

Todo deporte, en cambio, es trabajo estéril, cuando no juego estúpido. (Machado, 1973: 62-63)

En el fondo, la cuestión no es si las humanidades están vigentes, sino qué tipo de hombres y mujeres queremos formar. Yo creo que hay que aspirar a la sabiduría. Y que nuestro mundo (post) moderno apenas quiere formar profesionales. Si aspiramos al alumbramiento de almas de la dialéctica socrática, las humanidades tendrán siempre un papel que cumplir. Si, en cambio, no queremos más que el viejo bienestar burgués, renunciaremos a lo humano y lo que nos quedará será cansarnos de ser hombre, como Neruda, o amanecer convertidos en insectos, como el bueno de Gregorio Samsa, que, no obstante, estaba preocupado por no perder su tren.



Las siete artes liberales. En: Hortus deliciarum. Herrad Von Landsberg. Circa 1180.

## Notas

<sup>1</sup> En cursiva en el original.

<sup>2</sup> Hebert Benítez. «La resistencia a la literatura», en *Henciclopedia*. Consultado en: <http://www.henciclopedia.org.uy/>

<sup>3</sup> Theodor Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica de la Ilustración*: «Su falsedad no reside en aquello que siempre le han reprochado sus enemigos románticos – método analítico, reducción a los elementos, reflexión disolvente–, sino en aquello por lo cual el proceso se haya decidido por anticipado. Cuando en el operar matemático lo desconocido se convierte en la incógnita de una ecuación, es ya caracterizado como archiconocido aun antes de que se haya determinado su valor».

<sup>4</sup> La medida 34 en educación del programa de gobierno del candidato nacionalista, Luis Lacalle Pou, propone organizar la currícula de la enseñanza media en «tres anillos de prioridad pedagógica». Menciona un primer anillo con cursos obligatorios sobre lenguas, matemática y ciencias. El segundo sobre informática, emprendedurismo y formación ciudadana; y el tercero con contenidos sobre filosofía, literatura y tecnología, «en la medida en que no sea necesario tomar cursos remediales». Gonzalo Charquero en *El Observador*, 26 de setiembre de 2014. Disponible en: <http://www.elobservador.com.uy/reforma-educativa-las-principales-diferencias-el-fa-y-los-blancos-n288586>

<sup>5</sup> Fabio Guerra, «Si lees bien, flasheas», en semanario *Brecha*, Montevideo, 5 de noviembre de 2015.

## Bibliografía

- ADORNO, Theodor y Max HORKHEIMER (2009). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Trotta [1947]. [Las citas corresponden a una edición electrónica en pdf que se encuentra disponible en: [www.philosophia.cl/](http://www.philosophia.cl/) / Escuela de Filosofía Universidad ARCIS]
- ALIGHIERI, Dante (1973). *Obras completas*. Madrid: BAC.
- BAUMAN, Zygmunt (2010). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BENÍTEZ PEZZOLANO, Hebert. «La resistencia a la literatura». Disponible en: <http://www.henciclopedia.org.uy/>
- ECO, Umberto (2007). «¿De qué sirve el profesor?», en *La Nación*. Disponible en: <http://www.lanacion.com.ar/910427-de-que-sirve-el-profesor>
- GUERRA, Fabio (2015). «Si lees bien, flasheas», en semanario *Brecha*, Montevideo, 5 de noviembre de 2015. Disponible en: <http://brecha.com.uy/si-lees-bien-flasheas/>
- MACHADO, Antonio (1973). *Juan de Mairena*. Madrid: Espasa-Calpe [1936].
- SWIFT, Jonathan (2001). *Los viajes de Gulliver*. Madrid: Planeta [1726].